

Ricardo Melgar Bao y José Luis González Martínez: *Los combates por la identidad. Resistencia cultural afroperuana*. México, Ediciones Dabar, 2007. 228 pp.

Teresa Van Ronzelen



Las tres raíces étnicas de América de las cuales muchos se conformaron con apenas ver las floraciones decorativas que adornaron su paisaje humano, en realidad han sido permanentemente tres marcas de los combates por la identidad y afirmación social que tuvieron que librar sus pueblos. Las relaciones interétnicas asimé-

tricas con que se implantó la convivencia forzada y violenta, atraviesan nuestra historia continental y, todavía, nuestras estructuras sociales.

Esta obra, escrita por dos investigadores del Instituto Nacional de Antropología e Historia de México especialistas en temas andinos, llega en momentos en que se perciben síntomas de un cierto resurgir del interés por la temática afroperuana en México. En ella se aborda el tema de la construcción de la identidad afroperuana en el camino tortuoso que viene de África a la esclavitud en el Perú Colonial, de éste a la segregación racista de la República, llegando al siglo XXI en medio de situaciones de persistente negación racista de igualdad de oportunidades económicas, educativas, laborales y sociales. Con todo, esta última etapa del camino presenta un cambio radical con

R
e
s
e
ñ
a
s

relación a las anteriores: la visibilidad de los procesos y la fuerza de las organizaciones afroperuanas al interior de los ámbitos de la sociedad civil. Muchos son los síntomas de una especie de asalto final a la dignidad y al orgullo raciales.

Tal recorrido lo realizan los autores siguiendo la pista a las principales etapas de la historia de la presencia de los negros esclavos en el Perú. La dinámica de las relaciones interculturales casi siempre ha estado atravesada por las relaciones de poder y de dominio. La conquista y colonización de los pueblos americanos por parte de los europeos, a partir del siglo XVI, fue un escenario de observación privilegiada de esos procesos interculturales conflictivos y nuevas referencias identitarias que generaron.

Predominantemente, con el término conquista los historiadores se han referido a las acciones militares mediante las cuales se tomó posesión violenta de territorios ajenos y de pueblos autónomos. De este modo, en primera instancia, conquista hace referencia al dominio de la tierra, de los bienes materiales y de los cuerpos. La colonización, en cambio, se refiere a la pretensión de tomar posesión de los espíritus, lenguajes, modos de expresión, conciencias y esquemas mentales y perceptivos de los conquistados. La pretensión implícita de todo conquistador es que la colonización del espíritu sea tan completa como el dominio sobre el territorio y los cuerpos. Hasta donde sabemos, esto nunca ha ocurrido. Y es en esta brecha existente entre conquista y colonia, donde situamos nuestro estudio y análisis de algunos aspectos de los procesos afroperuanos y afrocubanos.

El proceso denso y mutante de las relaciones interculturales casi siempre ha estado atravesado por las relaciones de poder y de dominio. La conquista y colonización de los pueblos americanos por parte de los europeos, a partir del siglo XVI, fue un escenario de observación privilegiada de los procesos de relaciones interculturales conflictivas y de los resultados y nuevas realidades que generaron.

En lo general, la resistencia etnocultural se criba en esa dialéctica viva que anima a las minorías culturales y clases subalternas, en la reelaboración y resignificación de los lenguajes y los saberes propios frente a los que exhiben y despliegan quienes detentan el poder. La resistencia no transige ni en la mediación ni en el préstamo de la cultura dominante, tampoco frente al símbolo y ritual impuesto, en la medida en que le imprime otra direccionalidad por una reinterpretación acorde

con su matriz identitaria y su voluntad y deseo emancipatorio. Por todo ello, la resistencia puede asumir muchos rostros, ser ardid, argucia, mimesis teatralizada, lenguaje o movimiento cifrado, creatividad, música, ritmo, sentimiento, esperanza, ofrenda y también interpelación abierta y combate.

Estos son los temas y las fuerzas centrales que, a modo de hilo conductor, integran esta obra. Se trata pues de una lectura de los caminos polifacéticos de la resistencia cultural de los negros desarraigados (conquistados) de su África natal y después esclavizados y cristianizados (colonizados) en la América de su destierro y desventuras. A fin de cuentas, ni los indios ni los negros fueron lo que los conquistadores y amos quisieron. No fueron su reflejo. Jamás aceptaron sentir y pensar como ellos por más que aquellos lo intentaron de mil maneras. El resultado de esas diferencias entre la intención de la cultura que se imponía y la voluntad de identidad propia de quienes compartían un origen africano y una misma experiencia de esclavitud, es la cultura de resistencia étnica sin maquillajes ni romanticismos.

En el texto, por tanto, se cruzan cristos, vírgenes y sirenas, ortodoxias y heterodoxias, cosmovisiones irreverentes, la religión popular creativa y libre, junto con los intentos por domesticarla por parte de la administración eclesiástica, además de un mulato canonizado (San Martín de Porrás) cuyas artes curativas fueron, sin duda, deudoras de las prácticas del curanderismo africano. Todo es parte de las tácticas a las que echan mano los Combates por la Identidad. Las religiones populares, siempre construidas desde la marginalidad, nunca estuvieron particularmente preocupadas por las verdades en que se sustentaba la vida de sus devotos pero sí por los poderes sobrenaturales que la podían rescatar y sostener.